

Tus élitros, oscuras amatistas,
pesado vespertilio,
pasado,
posado desde el plinto,
pisado
resol en la palabra,
ángel de acerada alcurnia,
la única nombrada
 violácea mariposa de la luna,
la mano que se aferra a las antorchas,
-fuego de violetas-
de jóvenes espa(l)das indecisas
que elevan a la entrada de inframundo
sedientos querubines;
la enramada
por donde el ave vuelve hacia el espejo
y al cristal que no avista en su inminente vuelo
en su música inerme
-golpe de su faz en el misterio-
el ala angelical, significado
de la azul esfinge
 del verso
que huye como Diana, y avistado
el Poeta,
Acteón devorado
 por sus propios secretos.

En la muralla antigua
de la antigua ciudad
 hoy asolada
por las hordas sin freno de la modernidad
se puede ver la hostia dorada de la Luna
que todavía espera rielando la Maldad.
¡Oh, la **Maldad Eterna**, ola del naufragio

que casi es como un eco de pálida bondad,
la que tiene presagios sutiles de tormenta
y lánguidos semblantes para la enfermedad.
Anida en su misterio la luz opalescente
de orgía desangrada como (n)ave del Mal
y bajo el rayo oscuro de sed luminiscente
se escuchan las plegarias de la antigua piedad.
Las alas de la Luna de sanguinaria veste
convocan el milagro de la malignidad
que es como un sacrosanto misal irreverente
leído en el silencio de este sonoro altar.
¡Oh, la Luna de invierno tejida en el presente
de la San Juan moderna con su antiguo vitral,
la ominosa bahía del vate decadente
y este fuego de sombras que avivan la Maldad.

El sello se ha grabado sobre la cera,
la derretida rosa roja florece;
se nublan las palabras de la sentencia,
la mano se retira y... casi se abstiene.

La mitra se retira de la cabeza,
el báculo semeja gladio de nieve,
se opaca la casulla dorada y tersa
y el alba se desliza como ola aleve.

Aleve en silenciosa alcoba sombría
la nieve se derrite en los pensamientos
y vuelve a recordarlos en las orgías...

Lirios de cuerpos ígneos de los efebos
en su memoria arden en la lascivia
y hay entre sus ropajes púdicos fuegos.